

Va a hacer cuatro siglos que Nuestro Señor Jesucristo apareció por primera vez, un día como hoy, en esta elevada planicie de los Andes. Las especies sacramentales, que son su vestido, eran blancas como la nieve, y quizá el primer rayo de sol, al trasponer el astro rey la cumbre de Monserrate, se reflejaría en la hostia, al levantarla el padre Las Casas en sus manos consagradas. Jesús sacramentado no ha vuelto a ausentarse de aquí, no ha bajado del monte con sus discípulos; y la piedad de nuestros padres le edificó el magnífico tabernáculo en que ahora estamos congregados. Señor ¡cuán bueno es para nosotros hallarnos al pie de tus altares!

R. M. CARRASQUILLA

## EL HIMNO NACIONAL

(Nuestro ilustrado catedrático doctor Luis María Mora ha dado ya a la estampa su libro titulado *El Alma Nacional*, anunciado hace meses en nuestra REVISTA, y varios de cuyos capítulos hemos publicado en estas páginas. Hoy con motivo de la aparición de la obra, insertamos el lindo trozo siguiente, extractado del capítulo que lleva por nombre *Himno nacional y cantos patrióticos*).

Nuestro himno nacional surgió de súbito con humildes principios, en modesto lugar, sin antecedente notable ninguno. El hombre que concibió la grande idea apenas se dio cuenta de su prolongada resonancia en el porvenir. Don José Domingo Torres era un simple aficionado al arte de Talía. Pasó su juventud en ardorosos proyectos teatrales, y perteneció a una compañía de comediantes nacionales, o más bien bogotanos, que con el espiritual Honorato Barriga a la cabeza, dejó simpático y duradero recuerdo en esta ciudad. Fue Do-

mingo Torres en su juventud apuesto galán, que a la media noche, al pie de las rejas, hizo rasguear sonoros instrumentos en compañía de alegres y enamorados trovadores. La vejez lo sorprendió sin un ochavo de reserva y murió como simple portero del Ministerio de Hacienda. Debe su gloria póstuma a un bello artículo de don Manuel María Fajardo, que contiene estos preciosísimos datos. El amor a la Patria por un lado, y por otro, la velada y discreta lisonja hicieron que Torres, a propósito del 11 de noviembre de 1887, instara al maestro Oreste Sindici para que le pusiera música a un himno cuya letra era del doctor Rafael Núñez. Torres rogaba y el maestro resistía. Al fin su esposa, doña Justina Jannaut de Sindici, colombiana, venció las últimas dificultades del maestro. La esquivada inspiración brotó entonces en el alma del artista italiano como resonante catarata de notas gloriosas y ardientes. La imagen de la patria adoptiva, la patria colombiana, donde él tenía el dulce solar de sus amores, se presentó con toda su belleza a los ojos del maestro. Vibraron al punto en el himno el estrépito de las armas y los hurras del combate, y se oyeron notas semejantes al grito del huracán que azota nuestras selvas y otras menos fuertes como las del torrente que salta escondido entre las breñas.

El himno nacional había surgido.

El 11 de noviembre de 1887 se cantó por primera vez en público en un pequeño teatro de variedades improvisado en el antiguo edificio de la escuela pública de la Catedral, en cuyo sitio se ostenta hoy el pequeño teatro que a fuerza de constancia levantó otro maestro italiano. El 6 de diciembre de ese año ya hacía estruendosa y solemne aparición oficial en el Salón de Grados, con asistencia del doctor Núñez; y con tanta rapidez volaron sus notas hasta distantes países, después de vibrar triunfalmente en nuestros montes y va-



nuras, que en 1890, tres años después, ya se había ejecutado, según el ilustre autor de la letra, en Roma, Méjico, Lima, Caracas y Curazao.

Y aquí le cedemos la palabra a don Antonio Gómez Restrepo. ¿No es mejor que callemos nosotros lo que el ilustre literato dijo con su habitual maestría? No es prudente ni oportuno que los meros enamorados del arte difícil del bien decir se aventuren en el público estadio a vanas luchas con el maestro:

«Casi un siglo careció Colombia de su himno nacional; y lo tuvo por un casual concurso de circunstancias, no por encargo oficial ni por resolución de ningún consistorio ni academia. Ensayóse sin aparato; e hizo lentamente su camino, hasta llegar al pueblo, por medio de los niños de las escuelas primarias, candorosos intérpretes del sentimiento público. Sus fáciles melodías se pegaron a todos los oídos y hablaron a todos los corazones; y cuando llegó la celebración del centenario de la independencia, el país se regocijó de tener una voz para expresar la unión patriótica de todos los colombianos en un mismo arranque de gratitud y amor a los fundadores de la República; en un mismo anhelo de ver grande y próspera a Colombia, bajo las alas protectoras de la paz.

«Un pueblo mudo para toda expansión de patriotismo, sería un pueblo de esclavos; una colectividad cuya alma no se dilatara en acentos de música popular, estaría en situación inferior a la de las tribus salvajes, que tienen sus cantos rudos y primitivos. En Colombia se ha cultivado siempre la música, ya en la forma sencilla y espontánea de los bambucos y otros aires populares, ya siguiendo los modelos de la música europea, especialmente de la italiana. Sería exageración decir que el himno nacional sea el trozo musical más importante que se ha escrito en Colombia: otros lo superan en

perfección técnica, en profundidad y riqueza de inspiración, en arte sabio y delicado. Pero en cambio tiene lo más esencial a una obra de arte: vida, calor, movimiento; notas que animan y exaltan el espíritu; arrogancia propia de un himno triunfal, y, además, ninguno le gana en fortuna; porque fue ungido con el entusiasmo popular; porque al lado de las obras que expresan el sentimiento individual, él es una de esas *voces de los pueblos*, de que habló el gran pensador Herder; porque otras piezas despiertan la admiración en el recinto de un teatro o de un templo, o en el ambiente recogido de un salón, y el himno conmueve en todas partes, pero especialmente al aire libre, cuando la multitud le hace coro, y hombres, mujeres y niños se levantan, como heridos por un golpe eléctrico, y las frentes se descubren como si por encima de las olas humanas desfilara imponente la majestad de la república.

«El amor a la patria es algo tan alto y sublime, que busca como símbolos las cosas más ideales: un himno, una bandera. ¡En un trozo de tela cuántos recuerdos y cuántas emociones hallan abrigo! Cuando vemos flamear el pabellón tricolor, en lo alto del capitolio, destacándose sobre el azul profundo de nuestro cielo, sentimos un movimiento de exaltación y de orgullo, al contemplar el símbolo patrio ondeando entre los resplandores celestes, como en una apoteosis; y si tornamos los ojos a la efigie del Libertador, nos parece verlo, envuelto en el manto del iris, recorriendo la América del Potosí al Chimborazo y rompiendo los lazos de cinco naciones. Hermosa es la bandera nacional, ya flote limpia e intacta en los días de júbilo, ya se muestre rota y manchada por la pólvora del combate. Cuando desfila por las calles viene a los labios el apóstrofe sublime del viejo poeta nacional:





*¡ Oh, salve a ti, magnífica y sublime  
Ungida con la sangre de los bravos  
Muertos en la pelea!*

«Y quién podrá expresar lo que siente un francés al escuchar los acordes de la marsellesa? En ese himno, que tampoco fue escrito con el propósito de que fuera la canción nacional, palpita todo el ardor del período revolucionario; en sus estrofas parece sentirse el empuje de los batallones que marchan a las fronteras; se oyen las voces de mando de los mariscales de Francia; y pasa la figura del César corso, aclamada por la potente voz de los cañones, que le forman concierto triunfal. Y ante esta visión magnífica se apodera del alma la embriaguez de la gloria; y se diría que esos acen. tos son capaces, no sólo de mover los corazones sordos y helados, sino de arrancar a los muertos del sueño del sepulcro.

«Nuestro himno nacional no está unido al recuerdo de la epopeya de la independencia; no lo escuchó Bolívar; no recibió la consagración de Boyacá. Pero llegó a tiempo para celebrar el resurgir de Colombia de otra horrible noche, la de larga y espantosa guerra civil; para acompañar los viriles esfuerzos de una nación que no se resignó a perecer; para resonar como una alaluyél de regocijo cuando los colombianos resolvieron colocar la paz como un numen tutelar de la independencia patria, del honor nacional, del engrandecimiento y progreso del país, y cuando, de entre los escombros de una centuria de discordias, asomó la faz de una nueva Colombia, joven, fuerte y serena, dispuesta a ahogar en sus robustos brazos el monstruo de la anarquía, si alguna vez intentara levantar la cabeza.

«¿Cómo no rendir un homenaje de simpatía al artista que, nacido en otro país y en otra zona, supo interpretar, en una hora feliz, el alma colombiana?

Sindici fue colombiano de corazón; y además, como nacido en Roma, no podía considerarse extranjero, aquí ni en parte alguna, porque el hijo de la ciudad eterna puede reclamar carta de ciudadanía en cualquier sitio del mundo civilizado, con sólo repetir la frase que con sencilla arrogancia pronunció san Pablo: *civis romanus sum!* Si cuando Roma habla en nombre de Dios, sus oráculos van más allá de los límites del tiempo, cuando habla en nombre del arte sus palabras llegan hasta donde alcance la postrera línea de la civilización.

«Sindici fue querido y estimado entre nosotros; difundió sus no vulgares conocimientos artísticos entre la mejor sociedad; vivió y murió pobre, como tantos otros artistas, aun de la especie más alta. Pero qué mucho; si la humanidad ha dejado, vegetar tristemente aun a genios extraordinarios, creyendo, quizá con motivo, que las lágrimas constituyen el mejor riego para la inspiración, y que el artista, envuelto en las sombras de la penumbra, es como el ave cantora a quien mano cruel priva de la vista para que en la noche de su cautiverio cante con voz más pura y patética» (1).

Piensen algunos, agregamos nosotros, que como la música del himno nacional no es obra de inspiración de un colombiano, carece de uno de los caracteres genuinos y esenciales de esta clase de peregrinas producciones, a la vez artísticas y nacionales: ¿Con igual criterio no pudiéramos decir que la estatua de Bolívar, lujo y ornamento incomparable de nuestra plaza principal, tampoco nos pertenece, porque Teneranni no fue nuestro compatriota? El grande escultor italiano ¡ pisó jamás nuestras costas ardientes como el

(1) Discurso pronunciado por don Antonio Gómez Restrepo en el concierto celebrado en el Teatro de Colón a beneficio de la familia Sindici (1918).



corazón del héroe, ni presenció nuestras titánicas luchas, ni cruzó su serena mirada de artista con la mirada de fuego del Libertador, ni lo contempló en la más profunda de las aflicciones, y sin embargo en la excelsitud del bronce dejó esculpida para siempre la efigie del héroe en la hora indecisa y triste en que sin esperanzas bajaba lentamente el sepulcro desde la cumbre esplendorosa de su apoteosis. En versos profundos como su alma de filósofo y severos como el bronce de la estatua cantada por él, así interpretaba don Miguel Antonio Caro el pensamiento de Teneranni, en apóstrofe magnífica al padre de la Patria:

*El no supo el camino  
Por do el carro lanzaste de la guerra,  
Que de Orinoco al Potosí argentino  
Impetuoso vino  
Temblar haciendo en derredor la tierra.*

*Ni sordos atambores  
Oyó, ni en las abiertas capitales  
Entrar vio tus banderas tricolores  
Bajo lluvia de flores  
Y al estruendo de músicas marciales.*

*Ni a sus ojos te ofreces  
Cuando, nuevo Reinaldo, a ti te olvidas,  
Y el hechizante filtro hasta las heces  
Bebiendo, te adormeces  
Del Rímac en las márgenes floridas.*

*No en raptos de heroísmo,  
No en vértigo de triunfos y esplendores  
Admiró tu grandeza. El a ti mismo  
Te buscó en el abismo  
De recónditas luchas y dolores.*

Vivimos y nos movemos en el misterio. En torno nuestro los acontecimientos van tejiendo su tela invis-

ble a nuestros ojos y los más grandes hombres no saben el papel que están desempeñando en los oscuros momentos de su existencia. El genio pasa desconocido para sí mismo, y su obra sólo adquiere valor en épocas lejanas ignoradas de los contemporáneos. Hemos visto cómo algunos motivos baladíes produjeron el gran resultado de que Colombia tuviese un himno nacional de encanto insuperable, y no deja de ser sorprendente que sin quererlo ni adivinarlo entonces persona alguna fuera la letra del doctor Núñez la materia prima en que bordara su fino dechado don Oreste Sindici. Era el tiempo en que el enigmático legislador y poeta del Cabrero veía aparecer en los profundos abismos de su espíritu, no sondeados jamás, la era política que se iniciaba. Y lo más particular es que a pesar de los odios políticos que a cada generación hace surgir la sombra adusta de Núñez, al himno nacional nadie lo considera como el himno de un partido sino como símbolo de Colombia, por todos admitido y amado de todos.

«Ni el poeta ni el artista, dice el señor Gómez Restrepo, imaginaron que en esas estrofas y en esos acordes iba a vibrar el alma nacional; y que ese himno llegaría a ser la voz resonante y solemne de la colectividad; la canción de la Patria, esa que apenas oída hace estremecer los nervios y palpar los pechos; la que escuchada en tierra extranjera logra que la sangre afluya al corazón y la emoción encienda las mejillas, al par que una lágrima de nostalgia asoma en los ojos; la que envuelve en manto de armonía las aspiraciones, los ensueños, los dolores y las esperanzas del patriota; y nos habla desde las tumbas de los héroes y de los mártires y nos levanta al cielo en una tromba de emociones.»

LUIS MARIA MORA